

## 2. La obra del Espíritu Santo

CUANDO NOS ENCONTRAMOS CON UNA PERSONA, NUESTRA PRIMER pregunta suele ser: "¿Quién es usted?" y "¿Qué hace?" La persona que responde puede decir: "Soy Diana Black; trabajo en la comisión de la escuela", o "Soy León Hall; soy un vendedor en una aerolínea". En ambos casos, la primera parte de la respuesta contiene un nombre, y a veces una indicación del lugar donde vive. La segunda parte es sobre su ocupación. Podemos hacer las mismas preguntas al estudiar al Espíritu Santo. En el último capítulo preguntamos: "¿Quién eres?" Vimos que el Espíritu Santo es un ser divino, personal, igual a Dios el Padre y a Dios el Hijo—en todos sus aspectos. En este capítulo hemos de preguntar qué es lo que este ser divino hace.

### Glorificar a Cristo

Cuando preguntamos qué es lo que el Espíritu Santo realiza instintivamente ya sentimos que nuestra pregunta será casi imposible de responder. Ya que si el Espíritu Santo es Dios, como lo es, entonces todo lo que el Padre y el Hijo hacen, el Espíritu Santo también hace. Entonces, como ya lo sugerí al tratar la doctrina de la Trinidad en el Tomo I, es posible decir que el Espíritu Santo estuvo activo en la creación del universo (Gn. 1:2), inspiró las Escrituras (2 P 1:21), gobernó el ministerio terrenal del Señor Jesucristo (Lc. 4:18), le otorga una vida espiritual al pueblo de Dios (Jn. 3:6), y llama y dirige a la iglesia (Hch. 13:2; 16:6-7; 20:28). Todo lo que realizan los demás miembros de la Divinidad, el Espíritu Santo también lo realiza. Por otro lado, es posible apreciar que la Biblia da determinado énfasis a la obra que los distintos miembros de la Trinidad desarrollan. Por ejemplo, el Padre está principalmente activo en la obra de la creación mientras que el Hijo está principalmente activo en la redención de la raza humana.

¿Cuál es la tarea principal del Espíritu Santo? Algunos podrían responder que el Espíritu Santo está activo en la santificación de los creyentes como individuos, o en la inspiración de la Biblia, o en el impartir dones especiales entre los que sirven dentro de la iglesia, o en atraer a los no convertidos a aceptar a Cristo. Pero si bien todas estas acciones son ejemplos de las cosas que el Espíritu hace, no son la mejor respuesta a la pregunta planteada. La mejor respuesta la encontramos en Juan 16:13-14 (y en otros versículos relacionados) donde Jesús mismo explica la obra del Espíritu en estas palabras: "Pero cuando venga al espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. *El me glorificará*; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber" (cursivas mías). En Juan 15:26, el Señor declara: "él dará testimonio de mí".

La obra del Espíritu Santo es, antes que nada, glorificar a Cristo. Es más, cuando la comprendemos correctamente, todas las demás acciones que pueden ser mencionadas están incluidas en este propósito principal.

Si se nos dice que el Espíritu Santo no hablará de sí mismo sino de Jesús, entonces podemos concluir que cualquier énfasis sobre la persona y la obra del Espíritu que nos aleje de la persona y la obra de Jesucristo no es una actividad del Espíritu. En realidad, se tratará de la obra de otro espíritu, el espíritu del anticristo, cuya tarea es minimizar la persona de Cristo (1 Jn. 4:2-3). A pesar de la importancia que tiene el Espíritu Santo, nunca debe ocupar el lugar de Cristo en nuestro pensamiento. Por otro lado, siempre que el Señor Jesucristo es exaltado—de cualquier manera— allí la tercera persona de la Trinidad está obrando. Podemos reconocer su presencia y estar agradecidos.

### Enseñando sobre Cristo

Ahora sí podemos preguntarnos: ¿Cómo es específicamente que el Espíritu Santo glorifica al Señor Jesucristo? Lo hace en cuatro áreas.

Primero, el Espíritu Santo glorifica a Jesús cuando nos enseña sobre él en las Escrituras. El Nuevo Testamento nos dice que el Espíritu Santo ya hacía esto antes de la Encarnación de Cristo, por medio de la inspiración del Antiguo Testamento. Pero su obra no acabó allí. El Nuevo Testamento registra lo que Cristo hizo y nos explica su significado. Esto tenía tal peso sobre la tarea de los discípulos que está resaltado en la última conversación que Cristo mantuvo con ellos. Allí les dice: "Cuando venga el Consolador, ...él dará testimonio acerca de mí" (Jn. 15:26). Y, "Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad" (Jn. 16:12-13).

Los discípulos sabían, sin duda, que en el período del Antiguo Testamento el Espíritu había descendido sobre algunos profetas, reyes y otros líderes para hablar por su intermedio. Ellos podrían hasta haber comprendido que el mensaje central del Antiguo Testamento fue la promesa de Dios de enviar un Redentor.

pero ahora se les dice que el mismo Espíritu Santo ha de venir sobre ellos —todavía más, estar en ellos— para que nada sobre la obra y las enseñanzas de Cristo, necesarias para nuestra salvación y el crecimiento de la iglesia, se pierda.

¿Cómo fue posible que estas personas, la mayoría pescadores sin ninguna formación, fueran los agentes por los que nos llegó el Nuevo Testamento? ¿Cómo podemos confiar en el registro que ellos hicieron sobre la vida y la enseñanza de Jesús? Pueden haber realizado registros incorrectos. Pueden haber mezclado la verdad con el error. La respuesta a estas especulaciones es que no cometieron ningún error porque el Espíritu Santo los guió y no permitió que cometieran ninguna equivocación. Alguno de los acontecimientos y enseñanzas registrados, ellos mismos los vieron y los escucharon y se acordaron. Otros puntos les fueron revelados por primera vez con posterioridad. En ambos casos fueron guiados por el Espíritu Santo. En realidad, esto era tan cierto en su caso como en el caso de los autores del Antiguo Testamento. Como lo expresó Pedro, "porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:21).

Al hacer esta obra el Espíritu Santo glorificó a Jesús con creces. El Espíritu preparó la venida de Cristo mediante la inspiración del Antiguo Testamento (el Antiguo Testamento le decía al pueblo lo que tenían que esperar y cuándo tenían que esperarlo). Luego conservó la historia sobre su venida y dio la única interpretación infalible de ella mediante la inspiración de los libros del Nuevo Testamento.

Estos versículos no sólo nos hablan sobre la venida de una nueva revelación; también nos están sugiriendo la naturaleza tripartita de esta revelación. Primero, la revelación es *histórica*. En Juan 16:13 Jesús dice sobre el Espíritu Santo: "él os guiará [a los discípulos] a toda verdad". O sea, los guiaría a toda verdad concerniente a Jesús. En Juan 14:26 el elemento histórico es todavía más claro: "él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho". Es posible que con el tiempo los discípulos se olvidaran de algunas cosas que acontecieron, pero el Espíritu Santo se encargaría de recordarles los acontecimientos históricos vinculados a la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. El registro de estos acontecimientos lo encontramos en los evangelios —Mateo, Marcos, Lucas, Juan— y también en el libro de los Hechos.

La naturaleza histórica del cristianismo es la que lo diferencia de otras religiones, mitologías y filosofías. Estas conciben a la religión principalmente como un patrón de ideas y a la salvación como el aprendizaje de determinadas cosas o el cumplir con determinadas acciones. El cristianismo tiene ideas, esto es cierto; pero las ideas están basadas sobre lo que Dios ha hecho, y esto es determinante.

La base histórica también diferencia al cristianismo de la perspectiva evolutiva de la religión, la perspectiva según la cual hace miles de años los hombres y las mujeres tenían ideas primitivas sobre Dios, ideas que se fueron desarrollando en la medida que su conocimiento se incrementaba, y que sus escritos sobre Dios muestran este desarrollo. Como esto continúa hasta el presente. Hoy podemos dejar de lado lo que consideramos no son conceptos dignos de Dios y agregar otros que consideramos de más valor. Jesús, sin embargo, enseñó que lejos de ser algo desechable, la acción de Dios en la historia es la base misma de su revelación a los hombres y las mujeres. Esto lo vemos claramente en la cruz de Cristo donde Dios no enseñó simplemente una idea, hizo algo. Expió el pecado, reveló su amor y mostró su juicio.

Segundo, la revelación de Dios es *doctrinal*. Jesús enseñó que el Espíritu Santo "tomará de lo mío, y os lo hará saber [a los discípulos]" (Jn. 16:14). "El nos enseñará todas las cosas" (Jn. 14:26). El resultado de esta enseñanza lo encontramos en las epístolas, comenzando con la gran carta a los Romanos, que desarrolla la doctrina cristiana en su forma más cabal. Las otras epístolas tratan sobre problemas particulares de la iglesia y la teología, y concluyen con las pistolas de naturaleza pastoral —1 y 2 Timoteo, Tito, 1, 2 y 3 Juan, 1 y 2 Pedro, Judas.

Si bien Dios ha intervenido en la historia, no contamos sólo con eso. Nos ha dicho lo que su acción significa. Así es como sabemos que Dios vino en Cristo, ero lo que esto tiene de significativo es que Dios se nos revela a nosotros. sabemos que Dios es amor debido a Cristo. Sabemos que es justo debido a Cristo. Sabemos mucho más sobre su naturaleza compasiva y misericordiosa debido a Cristo. Y además, decimos que Cristo murió. Pero todo el mundo viere. Lo que importa es por qué murió. Las epístolas nos dan la explicación por qué Jesucristo tuvo que morir.

Por último, la revelación de Dios es *profética*. Jesús nos dice que el Espíritu Santo "os hará saber [a los discípulos] las cosas que habrán de venir" (Jn. 16:13). Los resultados de esta revelación los tenemos esparcidos en todo el Nuevo estamento: Mateo 24-25; Marcos 13; Romanos 11; 1 Corintios 15; y en especial en el libro de Apocalipsis. La profecía nos está indicando que Dios todavía está interviniendo en la historia. Dios no obra de una manera estática de manera tal que nuestro período histórico sea absolutamente idéntico a los períodos anteriores y a los que todavía han de venir. Por el contrario, Dios está diciendo cosas singulares en la historia —trabajando con la gente, desarrollando un plan— por lo que todo lo que cada uno de nosotros hace es

importante. Además, toda su labor nos conduce al día en que el Señor ha de regresar, cuando Dios congregará a los suyos y demostrará que el camino del Señor es el único camino verdadero. El Espíritu Santo nos ha dado la Biblia para que en la historia, en la doctrina y en la profecía el Señor Jesucristo sea glorificado.

### Atrayendo a las personas a Cristo

La segunda manera como el Espíritu Santo glorifica a Jesús es atrayendo en la fe salvadora a los hombres y las mujeres a Jesús. He de analizar esto en detalle en la sección de este tomo titulada "Cómo Dios salva a los pecadores", por lo que no es necesario que la exponga completamente en este momento. Pero debo señalar que sin esta actividad del Espíritu Santo nadie podría venir a Jesús.

Después que Jesús dijo que habría de enviar al Espíritu Santo a los discípulo; para que los acompañara para siempre, agregó: "el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce" (Jn. 14:17). Cuando Juan hace mención al *mundo* se está refiriendo al mundo de hombres y mujeres que están alejados de Cristo. Sin la obra del Espíritu Santo que guía a las personas a Cristo nadie puede ver, ni conocer ni recibir las cosas espirituales. No pueden *ver* porque están espiritualmente ciegos. Como lo dijo Jesús: "el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3). No pueden *conocer* porque las cosas de: Espíritu "se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). Y no pueden *recibir* al Espíritu Santo o a Cristo, porque como también lo dijo Jesús: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44).

¿Qué sucede entonces? El Espíritu Santo es quien abre los ojos ciegos para que los no regenerados puedan ver la verdad, aclara sus mentes para que puedan entender lo que ven, y cariñosamente mueve sus voluntades hasta que llegan a colocar su fe en el Salvador. Sin esta obra no habría ni siquiera un solo cristiano en el mundo. Por medio de ella, el Espíritu Santo nos salva y glorifica al Señor Jesús.

### Reproduciendo el carácter de Cristo

Tercero, el Espíritu Santo glorifica a Jesús cuando reproduce su carácter en los creyentes. Realiza esto de tres maneras: primero, guiando a los cristianos a una mayor victoria sobre sí mismos y sobre el pecado; segundo, intercediendo por ellos en la oración y enseñándoles cómo orar; y tercero, revelándoles la voluntad de Dios para sus vidas y ayudándoles a caminar en ella. Estos ministerios se combinan para producir el "fruto del Espíritu", que es la vida de Cristo en cada uno de nosotros.

Pablo habla sobre este fruto en Gálatas 5:22-23, diciendo: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza". Estas virtudes estuvieron claramente presentes en Cristo y, según la enseñanza de Pablo, también han de estar presentes en los cristianos. Los comentaristas han señalado la importancia que tiene el que se hable de un fruto (singular) en lugar de frutos (plural). "El fruto del Espíritu" tiene que estar presente en todas sus manifestaciones en cada uno de nosotros. Esto no es cierto en el caso de los "dones" del Espíritu, que analizaré con más detalle en la cuarta, y última parte, de este volumen. Se nos dice que el Espíritu Santo le da los dones a un cristiano y a otro según su voluntad (1 Co. 12:11). Así es como uno puede ser un maestro, otro un pastor, otro un evangelista y todavía otro un administrador. Pero por el contrario, todos y cada uno de los cristianos deben poseer todo el fruto del Espíritu.

El *amor* encabeza la lista, y esto es completamente apropiado. "Dios es amor" (1 Jn. 4:8) y, por lo tanto, la mayor de las virtudes cristianas es el amor (1 Co. 13:13). El carácter de esta virtud está impartido por el amor divino; el amor de Dios es inmerecido (Ro. 5:8), es un gran amor (Ef. 2:4), es un amor que transforma (Ro. 5:3-5) y que no cambia (Ro. 8:35-39). El amor de Dios envió a Cristo a morir por nuestro pecado. Ahora, como el Espíritu de Cristo ha sido implantado en los cristianos, debemos mostrar un amor grande, transformador, de sacrificio e inmerecido tanto hacia otros cristianos como hacia el mundo. Así es como el mundo sabrá que los cristianos son evidentemente los seguidores de Cristo (Jn. 13:35).

El *gozo* (o la alegría) es la virtud que en la vida cristiana corresponde a la felicidad en el mundo. Superficialmente parecen estar relacionadas y ser similares. Pero la felicidad depende de las circunstancias — cuando las circunstancias positivas desaparecen, la felicidad desaparece con ellas— mientras que el gozo no depende de las circunstancias. El gozo se basa en el conocimiento de quién es Dios y lo que ha hecho por nosotros en Cristo. Cuando Jesús estaba hablando a sus discípulos sobre el gozo, poco antes de su arresto y crucifixión, dijo: "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn. 15:11). "Estas cosas" se refiere a las enseñanzas de los capítulos 14 y 15 de Juan, y posiblemente también al capítulo 16, ya que Jesús repite esta afirmación sobre el gozo más adelante (Jn. 17:13). Porque conocemos los hechos que Dios ha hecho en nuestro lugar es que los cristianos podemos estar gozosos aun en medio del sufrimiento físico, el encarcelamiento y otras aflicciones.

La *paz* es el regalo que Dios le hace a la raza humana, y que logró en la cruz de Cristo. Antes de la cruz estábamos en guerra con Dios. Ahora, como Dios ha establecido la paz con nosotros, hemos de mostrar los efectos de esa paz en todas las circunstancias, a través de lo que llamamos "la paz o la tranquilidad mental" (comparar con Fil. 4:6-7). La paz ha de reinar en nuestros hogares (1 Co. 7:12-16), entre los judíos y los gentiles (Ef. 2:14-17), dentro de la iglesia Ef. 4:3; Col. 3:15), y en las relaciones que el cristiano entable con los demás He. 12:14).

La *paciencia* implica el poder tolerar a los demás. Dios es el ejemplo supremo de paciencia, cuando vemos cómo trató al pueblo rebelde. Este hecho es una de las razones por las que nos debemos volver a él de nuestro pecado (Joel 2:13; 2 P 3:9).

La *benignidad* (o amabilidad en otras versiones) es la actitud que Dios tiene en su interacción con su pueblo. Dios tiene derecho a insistir en nuestra inmediata y total conformidad con su voluntad, y podría ser bastante severo para obligarnos a conformarnos a ella. Sin embargo, no es severo. Nos trata como un padre bueno podría tratar a su hijo que está aprendiendo (Os. 11:1-4). Este es nuestro modelo. Si los cristianos hemos de demostrar benignidad, debemos actuar con los demás de la misma manera que Dios ha actuado hacia ellos (Gá. 6:1-2).

La *bondad* es similar a la benignidad, pero más a menudo se la reserva para aquella situación donde el objeto de nuestra bondad no la merece. Está vinculada a la generosidad.

La *fe* significa la fidelidad o la confiabilidad. La verdad, una parte del carácter de Dios, está en juego aquí. Los siervos fieles de Cristo darán sus vidas antes que renunciar a él o, para ponerlo en un plano menos elevado, estarán dispuestos a sufrir cualquier inconveniencia antes que retractarse. No se darán por vencidos. Esto es también descriptivo del carácter de Cristo, el testigo fiel (Ap. 1:5), y de Dios el Padre, quien siempre actúa de esta manera hacia su pueblo (1 Co. 1:9 10:13; 1 Ts. 5:24; 2 Ts. 3:3).

La *mansedumbre* (o humildad, según otras versiones) la vemos claramente en aquellas personas muy seguras de sí mismas que siempre están enojadas en el momento preciso (como contra el pecado) y que nunca están enojadas fuera de tiempo y lugar. Fue la virtud que caracterizó a Moisés, de quien se nos dice que fue el hombre más manso y humilde que haya vivido (Nm. 12:3).

La última manifestación del fruto del Espíritu es la *templanza* o el dominio propio que nos da la victoria sobre los deseos de la carne, y que por lo tanto está vinculada a la castidad tanto de la mente como de la conducta. Barclay señala que "es la gran cualidad que recibe el hombre cuando Cristo está en su corazón la cualidad que le hace posible vivir y caminar en este mundo sin que sus ropas se manchen del mundo".<sup>1</sup>

No debemos creer, sin embargo, que como estas nueve virtudes son aspectos de la obra del Espíritu y como el Espíritu obra en los creyentes, todos los cristianos han de poseerlas automáticamente. No hay nada automático. Por eso es que se nos encomienda "caminar según el Espíritu" y no "según la carne" (Gá. 5:16). Lo que hace la diferencia entre un cristiano que lleva fruto y otro que no lleva fruto es lo cerca que permanezca de Cristo y la dependencia consciente que tenga de él. Jesús enseñó esto con la ilustración sobre la vid y los pámpanos: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto; lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto... Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:1-2;4-5).

Para llevar fruto, el pámpano que lleva el fruto debe permanecer en la vid. Debe estar vivo, y no ser simplemente un pedazo muerto de madera. En términos espirituales esto significa que el individuo antes que nada tiene que ser un cristiano. Sin la vida de Cristo en su interior, sólo son posibles las obras de la carne: "adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas" (Gá. 5:19-21). El fruto del Espíritu se hace posible cuando la vida de Cristo, provista por el Espíritu de Cristo, fluye a través del cristiano.

Pero es necesario también cultivar al fruto. Este es el propósito del versículo inicial del capítulo 15 de Juan, donde a Dios se lo llama "el labrador". Esto quiere decir que Dios cuida de nosotros, nos expone a la luz solar de su presencia, enriquece el suelo en que estamos plantados y se ocupa que estemos protegidos de las sequías espirituales. Si hemos de llevar fruto, debemos permanecer cerca de Dios mediante la oración, alimentarnos de su Palabra y mantener la compañía de otros cristianos.

Por último, también es necesaria la poda. Ésta en ocasiones puede resultar incómoda, ya que significa que algunas cosas que atesoramos serán quitadas de nuestras vidas. Puede significar sufrimiento. Hay un propósito en la poda, sin embargo, y eso es lo que hace toda la diferencia. El propósito es que llevemos más fruto.

### Guiando a los cristianos al servicio

La cuarta manera como el Espíritu Santo glorifica a Jesús es guiando a los seguidores de Cristo en el servicio cristiano y sosteniéndolos en el servicio. Esto fue cierto en el caso de los discípulos, como lo indican los versículos sobre el Espíritu Santo ya citados; él había de guiarlos en el futuro precisamente de la misma manera que Jesús los había guiado en el pasado. También es cierto hoy en día en el caso de los seguidores del Señor.

Un ejemplo lo constituye el pasaje que ya mencionamos por otro motivo en el último capítulo —Hechos 13:2-4—. "Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he amado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron. Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre". El Espíritu Santo llama a los hombres y las mujeres para tareas específicas y los acompaña mientras las llevan a cabo.

Por supuesto, no siempre llama de la misma manera. Es posiblemente por eso que no se nos dice cómo fue que los discípulos de Antioquía llegaron a conocer que el Espíritu Santo había designado a Bernabé y a Saulo para la labor misionera. Nuevamente, el hecho que llame no significa que no debemos buscar conscientemente la guía del Espíritu Santo. Como los que estaban en Antioquía, mientras adoraban al Señor y ayunaban —o sea, estaban tratando la obra del Señor con seriedad y estaban inmersos en ella según sus habilidades y conocimiento— el Espíritu Santo les habló. Lo mismo es cierto hoy en día.

Pero me estoy adelantando. Antes de estudiar la vida cristiana, hemos de considerar cómo es que nos convertimos en cristianos en primer término. Y antes que eso, debemos considerar una de las doctrinas bíblicas más importantes, si bien difícil: la unión del cristiano con Cristo mediante la actividad del Espíritu.

### Notas

1. William Barclay, *Flesh and Spirit: An Examination of Galatians 5:19-23* (Nashville: Abingdon, 1962), p. 127.